

LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Numero suelto real y medio.

DIRECTORES

LITERARIO

RELIGIOSO

D. VALENTIN GOMEZ || D. FRANCISCO CAMINERO

PROPIETARIO

JOSÉ AMALIO MUÑOZ

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4

PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la		
Plata.....	3 1/2 »	6 »

En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.

ÉPOCA 2.^a—AÑO II.

Madrid 28 de Agosto de 1878

NÚMERO 8.^o

SUMARIO

TEXTO. Nuestros grabados, por A.—Revista de la semana, por D. Valentin Gomez.—Los Apostólicos, por D. Torcuato Tarrago.—El Hijo del Labrador, por J. de Diego.—Donde menos se piensa... por D. Miguel Moya.—Movimiento religioso.—El castillo de terciopelo, novela de Paul Féval, tra-

ducida por doña Balbina Antúnez.—Muerte de Hoedel.—Conocimientos útiles.—Epigramas.—Charada.—Jeroglífico.—Anuncios.

GRABADOS: Vista general de la Abadía de Lapaís.—Puerta de entrada del refectorio de la Abadía de Lapaís.—Las niñas ante la Madona.

NUESTROS GRABADOS

Vista general de la Abadía de Lapaís.—La Abadía de Lapaís en la Isla de Chipre, es una de esas hermosas y fuertes construcciones que tienen á la

ISLA DE CHIPRE



VISTA GENERAL DE LA ABADÍA DE LAPAIS

Ayuntamiento de Madrid

vez la poesía del castillo y del convento. Al través de jardines, de olivares y naranjos, se entra en el claustro, bastante destruido por desgracia, aunque no tanto que no pueda formarse por él una idea de lo que debió ser esta magnífica Abadía. A los Prémontrés religiosos regulares que se constituyeron en comunidad el año 1119, durante el pontificado de Calixto II, y á Hugo el Grande, se debe éste edificio notable por más de un concepto. Ellos costearon su fundación en el siglo XIV.

Puerta de entrada del refectorio de la Abadía de Lapais.—Cerca del claustro cuyos arcos, rodeados de una vigorosa vegetación de plantas trepadoras, conservan toda su gallardía, hay una puerta de estilo ojival, que da entrada al gran refectorio de la Abadía. Encima de esa puerta hay tres escudos: el del centro representa las armas del reino de Jerusalén; el de la derecha, los escudos de Lusignan y de Chipre; el de la izquierda, los de Chipre y Jerusalén.

Las niñas ante la Madona.—Con los pies desnudos y el cuerpecito cubierto de pobre traje, la niña mayor, llevando en sus brazos á su pequeña hermana, no pasa una sola vez junto á la ermita de la Virgen, que se esconde entre el espeso follaje del bosque, sin dirigirle una infantil plegaria, pidiendo que las proteja en los peligros de la vida.

¡Qué dulzura de expresión hay en el rostro de la niña mayor, que ya desde su más tierna edad comienza á hacer el oficio de madre! ¡Qué inocente sonrisa se dibuja en los labios de la pequeña, como si comprendiera, con cierta compasión, el trabajo que le cuesta á su hermana levantarla en los brazos!

Es verdaderamente un idilio infantil impregnado en el perfume de la fe y de la caridad.

REVISTA DE LA SEMANA

Todos vivimos á galope y todos estamos de viaje.

Si la vida ha sido siempre una peregrinación por el mundo, la vida moderna es una serie constante de traslaciones y mudanzas, hechas con la velocidad del vapor y poco menos que con la instantánea rapidez del rayo.

¿Quién hay en nuestros días que nazca y viva y muera en un solo punto, bajo las líneas de un mismo horizonte? ¿Quién se contenta con ver únicamente el tranquilo valle en que nació, las turtuosas callejuelas de su humilde pueblecillo, la iglesia en que le bautizaron y el cementerio en que reposan las cenizas de sus abuelos?

¡Imposible! ¡Imposible! Hay un monstruo tentador que todos los días le llama con silbos de serpiente, al cruzar la ancha vega ó perforar el áspero monte, llevando en su seno cientos de seres humanos, que gritan también al pacífico habitante de las aldeas:

—«Ven con nosotros; abandona la estúpida quietud en que vives; deja ese negro lugar en que se consume tu existencia de topo, y ven á gozar de las maravillas del mundo. Hay horizontes más risueños que ese que ves todos los días; hay valles más hermosos que el tuyo, montañas más grandiosas y calles más anchas, y casas mil veces mejores que las que tú, infeliz aldeano, has estado contemplando desde que naciste. Deja ese rincón, y ven con nosotros. La fuerza del vapor nos arrastra, y en un solo día cruzamos provincias y naciones enteras, como si pasaran delante de nuestros ojos en forma de cuadros disolventes.»

¿Quién resiste á estas palabras seductoras que salen de las entrañas del tren á cada instante, y llaman á las puertas de nuestra curiosidad, del propio modo que la serpiente del Paraíso á las puertas de la curiosidad de Eva?

Por eso vemos á pueblos enteros trasladarse de una zona á otra zona, y cambiar ideas y costumbres y trajes y lenguas, como en los primitivos tiempos se cambiaban unos objetos por otros, antes de conocerse el uso de la moneda.

Pero la facilidad de las comunicaciones nos seduce á todos, y ha llegado á hacer del veraneo una necesidad social.

Yo no sé si realmente se han desarrollado en nuestra época muchas enfermedades desconocidas

hasta ahora; lo que sé es que apenas deja de haber una persona en cada familia que no necesite salir de su casa en el verano para tomar aguas más ó menos adecuadas á sus dolencias.

Los grandes personajes atraviesan generalmente las fronteras, y se van á Francia ó á Alemania, á Vichy, Eaux-Bonnes, Spa, Baden, á beber el agua, mientras oyen hablar la mayor parte de las lenguas del mundo.

Las demás gentes, y aún no pocos de esos mismos personajes,—dígalos el presidente del Consejo de ministros,—van á las Provincias Vascongadas, donde á la riqueza sin rival de aguas minerales, se une una vegetación frondosa y variadísima, un clima apacible y fresco y una cultura en que ninguna provincia de España puede competir con ellas.

Lo declaro con la imparcialidad incuestionable de quien no tiene nada absolutamente de vascongado.

En cada uno de aquellos valles hay una fuente de agua mineral; junto á la fuente se levanta un establecimiento de baños, y en el establecimiento se reúnen numerosas y distinguidas familias de casi todas las provincias de España, y principalmente de Madrid.

Poco ó mucho, casi todos llevan algo que curar; el que menos, la dolencia del fastidio ó el cansancio de la vida de las ciudades.

De los puertos no digamos nada. Desde San Sebastián hasta Santander, la costa cantábrica ostenta gallardamente sus playas alfombradas de amarillenta arena, que el oleaje del inquieto Océano amontona en las faldas de sus peladas rocas.

Pero de todos esos puertos, ninguno obtiene el privilegio de atraer á la gente del bronce de Madrid tanto como San Sebastián, la preciosa capital de Guipúzcoa, en cuya *Concha* se lavan por igual los cuerpos del magnate y del artesano, de la aristocrática dama y de la resuelta *chula*.

Los trenes de recreo vomitan en aquella playa la mitad de los barrios del Lavapiés y de Toledo, mientras los *expresos* llenan las fondas más entonadas y los hoteles más graciosos de la *Concha*, de acaudalados personajes.

* *

No por rendir culto á la moda, lectores de mi alma, sino por necesidad, el que estas líneas escribe, *puesto ya el pie en el estribo*, toma también rumbo hacia el Norte, pasando por algunas zonas de la línea del Sur.

Difícilmente os podré contar lo que suceda en el mundo durante mi ausencia de Madrid; pero os prometo, con la ayuda de Dios, contaros algo de lo que vea y otro poco de lo que no vea, en la seguridad de que ni la oscura cuestión de Oriente, ni las negociaciones de Bismarck con los católicos, han de ir tan aprisa que no nos den tiempo para respirar con tranquilidad los aires puros de las montañas euskaras.

* *

Al hacer punto en esta revista, oigo el estampido del cañón que anuncia la muerte de otra persona de la familia real de España.

La reina doña María Cristina, viuda de Fernando VII, ha sucumbido al fin á la intensidad de una dolencia, contra la cual ha luchado tenazmente aquella naturaleza de hierro.

Acometiéndole en París, y á pesar de lo grave de su estado, la reina viuda quiso que se la trasladara al Havre, contra la opinión de todos los facultativos que la asistían.

Ha habido momentos en que se creyó posible la curación; pero acaso los 72 años de la enferma han sido más poderosos que la misma enfermedad para ocasionar el triste desenlace.

La reina Cristina es uno de los ejemplos más elocuentes de la variable futilidad de las cosas humanas.

Saludada como un astro de risueñas esperanzas al compartir el tálamo de Fernando VII, fué bien pronto envuelta en el oleaje de las pasiones políticas y convertida en símbolo de uno de los partidos que ensangrentaron el suelo de la patria.

Durante su regencia, no dejó de tronar un solo momento el cañón de la civil discordia; y cuando la paz vino á dar descanso á la muerte y alivio á tantas lágrimas derramadas, una rebelión militar

la expulsó del trono, obligándola á refugiarse en extranjero suelo.

Nadie ignora las vicisitudes de su vida, y seguramente que la augusta princesa, al volver la vista atrás desde el lecho de la muerte, habrá notado con amargura que todas las grandezas de la tierra no merecen en verdad el trabajo que uno se toma por conquistarlas.

¡Que Dios, fuente de misericordia, la haya tenido de su alma!

VALENTIN GOMEZ.

LOS APOSTÓLICOS

PRIMEROS TIEMPOS DEL CRISTIANISMO EN ESPAÑA

I

Un año después de muerto el Salvador del mundo en la sangrienta cumbre del Gólgota, se congregaron los Apóstoles á fin de predicar el Evangelio por toda la tierra. Un artista célebre ha representado este acto de un modo patético y sublime. Colocados los discípulos debajo de la Cruz, dominados por las santas emociones de la fe, miran á San Pedro que, sentado en un árido peñasco y con las manos extendidas, parece señalar á cada uno de sus hermanos el límite de los lejanos horizontes, como la senda que la voluntad de Dios les señala. Los Apóstoles se despiden, lloran y se alejan. Tal es el cuadro que los lectores de LA ILUSTRACION conocen por la copia que en este periódico se publicó hace poco tiempo.

A Santiago el Mayor le tocó venir á España, y en el año 35, si hemos de dar crédito á las versiones más autorizadas, se embarcó en la antigua ciudad de Joppe, para dirigirse al lejano país de su peregrinación. Por qué puerto desembarcó el Apóstol, luego que hubo llegado á España, aún es cuestión de los historiadores; pero el Breviario Armenio afirma fué por Cartagena, puerto el más opulento entonces en el Mediterráneo, y en el que naturalmente hacían descanso las naves que venían de Oriente.

Siguiendo piadosamente esta opinión, para nosotros la más razonable, añadiremos que una vez en el hermoso país destinado á su predicación, Santiago se hubo de dirigir para llegar á Granada por la magnífica vía militar que desde Tarragona serpenteaba á lo largo del litoral, y venía á morir á Castulo (1).

II

La venerable madre María de Agreda, asegura que en Granada fué donde tuvo Santiago la primera aparición de la Virgen; pero todo esto se encuentra tan envuelto en la oscuridad de los tiempos, que no es fácil emitir una opinión completamente exacta, cuando los pareceres han sido tan diversos. Sin embargo, estando demostrado, tanto por tradiciones eclesiásticas, cuanto por algunos monumentos que se conservan, que el Apóstol predicó en las ciudades más principales de España, no queremos abandonar la idea de que estuviese en la ciudad Iliberitana (2), y por consiguiente, que honrase con su presencia, tanto á la ciudad de *Basti*, cuanto á la colonia *Accitana*, cuando enardecido por la fe hubo de dirigirse á las pintorescas orillas del Darro y del Genil.

La inspirada María de Agreda, cuyo corazón era todo amor, dice que en Granada ó *Iliberis* fué preso Santiago por los gentiles; pero apareciéndosele la Virgen rompió sus cadenas, y dejándole cien

(1) Itinerario de Tarragona á Castulo.—De Tarraco á Oleastum XXI millas.—Traja-Capita XXIV.—Dertosa XVII.—Intibile XXVII.—Ildum XXIV.—Sepelaci XXII.—Saguntum XXII.—Valentia XVI.—Sucronem XX.—Ad-statuas XXII.—Ad-turres IX.—Adello XXIV.—Aspis XXIV.—Ilice XXIV.—Ithar XXVII.—Cartago-Nova XXV.—Eliocraza XXIV.—Morum XXIV.—Basti XXVI.—Acci XXVI.—Acatucci XXVIII.—Viniolis XXVIII.—Mentesa Partitima XV.—Castulo XXV.

(2) En demostración y prueba de este aserto, hemos visto una nota impresa en un sermón de gracias que el dignísimo Prelado que fué de Guadix, D. Antonio Rafael Domínguez Valdecañas, predicó en aquella Santa iglesia en 19 de Febrero de 1855, sobre la declaración dogmática del Misterio de la Concepción, en la cual se hace referencia á que en la historia manuscrita del Sacro-Monte de Granada, compuesta por el Sr. Viana, se da noticia de existir la tradición de que en una de sus santas cuevas celebró el Sacrificio de la Misa el Apóstol Santiago, y que fué iglesia de los Santos Apóstoles, en donde celebraban y administraban los Sacramentos á los que se convertían.

Angeles para que le acompañasen, volvió milagrosamente á Jerusalén.

Santiago abandonó á Granada seguido de tan celestial comitiva; recorrió toda la Bética, pasó á Toledo, desde allí se dirigió á Portugal, y terminando su viaje en Galicia, tomó asiento en la ciudad de *Iria Flavia*, hoy villa del Padrón.

Testigos sagrados de su estancia en aquel país son, por decirlo así, los monumentos y maravillas que brotaron á su paso. Aquí una fuente cristalina que nace dentro de una modesta ermita; allá un peñasco sobre el que se celebraba el Santo Sacrificio de la Misa, si hemos de dar crédito á la tradición; en otro sitio un templo pagano, hundido tan sólo por la oración del Apóstol; en diversos parajes, mariscos prodigiosos que forman cruces y signos de la Pasión, y que arroja el mar luego que desciende la marea, como se ve en las playas de Nuestra Señora de la Barca, en demostración de haber cruzado el Santo por ellas; y últimamente, véanse inscripciones en esta forma, que patentizan su peregrinación, no lejos de Castro de Cobas:

S. I Z Æ B. F.

Toda Galicia está llena de otros muchos prodigios, dignos de respeto y veneración, que nosotros nos vemos precisados á omitir.

III

Apénas lanzada en aquel país la palabra evangélica por el Apóstol, cuando *Torcuato*, que aparece por vez primera formando parte en la sublime misión de Santiago, abrazó la Religión católica; *Torcuato*, que, según el grave sentir del ilustre Valdés y del cronista Gonzalez Dávila, es su primer discípulo y el primer cristiano de España, quien despojándose de la túnica del pagano, se cubrió con el modesto manto de la peregrinación y proclamó la fé de Jesucristo.

Buscar la patria de este Santo, es privar á cada pueblo el derecho de considerarlo como hijo suyo. Galicia, Astúrias, Zaragoza, San Torcaz (1) y otras poblaciones, se han disputado por largo tiempo la honra de ser su cuna; pero quien se halla con más claro derecho para llamarse patria de San Torcuato, dice el entendido D. Pedro Suarez, «es la ciudad de Guadix, por haber nacido en ella para el Cielo, mediante el martirio, que tiene veces de bautismo, y es el verdadero nacimiento y más propio que el temporal en la tierra, como lo dice San Pedro Crisólogo y otros.»

El cisne del Túria, el elocuente San Vicente Ferrer, asegura que fué tan pequeño el fruto de la primera predicación de Santiago, que sólo logró convertir nueve discípulos, que fueron nueve granos de trigo tan fructíferos, que conquistaron toda España. Visto sin duda el escaso resultado de su misión, ó tal vez impulsado por celestes inspiraciones, determinó Santiago dirigirse á Zaragoza, acompañado de *Torcuato*, *Tesiphon*, *Segundo*, *Indalecio*, *Cecilio*, *Isicio*, *Eufasio*, *Atanasio* y *Teodoro*, que eran los nuevos adalides de la fé.

Los historiadores sagrados y profanos, cuyas huellas nos hemos propuesto seguir, al ver resplandecer estas nueve lumbreras en el oscuro fondo de las tinieblas gentílicas, se dedicaron afanosamente á buscar su origen. Pretendiendo muchos que los nueve discípulos vinieron de Jerusalén, destruyen las más fundadas razones y los más claros timbres de nuestra nación, si no se supiese que ésta es una de las suposiciones y falsedades con que espíritus interesados han pretendido oscurecer las puras fuentes de la verdad. Otros afirman que la conversión de los discípulos de Santiago fué hecha en Zaragoza; pero la robusta opinión de Calixto II asevera que tuvo lugar en Galicia.

«Se ha de saber, dice el Pontífice nombrado, que el bienaventurado Santiago tuvo muchos discípulos; pero doce especialmente, de los cuales nueve eligió el Apóstol de España.»

(1) Consérvase en este pueblo una modesta ermita y antigua casa, donde los naturales aseguran que allí nació San Torcuato, afirmando además que sus padres pertenecían á una alta familia romana. Esta última opinión está demostrada históricamente, pues es sabido que el nombre de Torcuato era llevado por los más distinguidos patricios. Es fama que era de la familia de Cayo Manlio Torcuato. El nombre de *Torcuato* significa *collar*, que era la insignia más elevada de los caballeros romanos. San Torcaz celebra la fiesta del Santo en 15 de Mayo, en virtud de provisión expedida por el Cardenal D. Gaspar de Quiroga, Arzobispo de Toledo, en 13 de Diciembre de 1583.

Autoridad tan respetable, que afirma, después de lo que acabamos de copiar, la procedencia de los Apostólicos, está seguida por varios Breviarios, como el de Braga, Sevilla, Evora, Córdoba, y el de San Antonino, que se venera entre sus reliquias en la ciudad de Jesuli, en Italia. Precisados, por lo tanto, á penetrar por entre las dudas de los historiadores, queda patentemente demostrado que San Torcuato y sus compañeros fueron hijos de España.

Siguiendo la oscura marcha de unos sucesos tan importantes, dícese que San Torcuato y los demás discípulos de Santiago pasaron á Roma, mientras San Teodoro y San Atanasio, ordenados ya de Obispos, quedaron en España á predicar el Evangelio. Algunos afirman que San Atanasio colocó su Silla apostólica en Zaragoza; pero esta noticia está destituida de todo fundamento, por cuanto los dos discípulos quedaron en Galicia, según Calixto II, Leon III y el Breviario de San Dionisio (1).

Muy probable es que el viaje á Roma de San Torcuato y sus compañeros, como el proyectado por Santiago á Zaragoza, no emanen de errores históricos, sino de fechas equivocadas, puesto que Santiago permaneció en Galicia hasta el año 38. Desde allí dirigió sus pasos á Guipúzcoa, donde existe una ermita en la cumbre de una montaña que domina el pueblo de Astigarraga, ermita consagrada al Apóstol, en cuyo sitio es fama estuvo, consumiendo dos años en estas peregrinaciones (2).

IV

Corría el año tercero del imperio de Cayo Calígula, aquel Emperador que un año más tarde, esto es, el 41 de la Era Cristiana, había de morir, destrozado por el puñal de Casio Cherea, cuando Santiago, entrando por último en Zaragoza seguido de sus discípulos, tuvo la admirable y prodigiosa aparición de la Santísima Virgen del Pilar, la cual le ordenó que edificase un templo y pasase á Jerusalén. Obediente el Apóstol á los deseos de la Reina del Cielo, y después de cumplir fielmente con la misión que le fuera encargada, partió de Zaragoza, acompañado de San Torcuato y los demás discípulos. Las tradiciones piadosas dicen que pasaron por la Dalmacia predicando el Evangelio, y Bautista el Mantuano afirma que cruzaron por Italia, corriendo las costas del Mediterráneo, aunque no es evidente, como se ha pretendido, que Santiago y sus discípulos pasasen á Roma, para dar cuenta á San Pedro del resultado de su peregrinación.

En fin, á principios del año 41 regresó á Jerusalén, librando á Fileto del demonio, á despecho del mago Hermógenes, el cual acabó por convertirse á la Religión cristiana. La ardiente fé de que Santiago estaba poseído, su prestigio, sus milagros, las continuadas victorias de su fervorosa predicación, hicieron, por último, que los escribas y fariseos, aquellos implacables enemigos de las doctrinas de Jesús, tratasen de martirizarlo. En efecto, el 25 de Marzo fué preso en el instante que predicaba al pueblo, y en el mismo día lo decapitaron sangrienta y bárbaramente. ¿Qué fué de los siete Apostólicos después de este glorioso martirio? El cuerpo de Santiago había quedado en el lugar del suplicio, sin que los judíos se atreviesen á tocarlo, pues todos los que tal hicieron quedaron impedidos. Estos habían visto con inexplicable terror que al punto de ser degollado el Apóstol había recibido su cabeza entre las manos, permaneciendo así hasta la noche; habían oído en el aire cantos sobre-humanos: cubierto el cielo de negras nubes, dejaba oír el bramido de horribles truenos; el mar había encrepado sus verdosas olas; la tierra se había estremecido, y descorriéndose por algunos instantes el fúnebre crespon del firmamento, salió del cielo un globo de resplandeciente luz.

Los judíos, espantados, abandonaron el lugar del suplicio; San Torcuato y sus compañeros, que debieron hallarse presentes al martirio, arrostrando las iras de Herodes y Abiatar, Sumo Pontífice de los judíos, atravesaron en medio de la noche el campo regado con la sangre del Apóstol, se apoderaron de su cuerpo, y se dirigieron hacia las cos-

(1) Este breviario fué impreso en París en 1550.

(2) En testimonio de esta verdad, se descubre en aquel agreste paraje piedras en figura de bordones, veneras y demás signos de peregrinación. Después pasó á Juvra, en cuyo campo, que fué donde se dió la famosa, aunque no demostrada, batalla de Clavijo, se encuentran iguales piedras.

tas inmediatas, con el deseo de venir á España (1).

Llegados los discípulos á las orillas del mar, apareció de repente una nave, que el cielo tenía prevenida, dicen los *Anales de Galicia*, en la cual entraron gozosos, y levantando velas empezó la nave á rizar las ondas, con tan feliz viaje, que en siete días dió fondo en el puerto de Ira Flavia (Padrón).

Pero antes de desembarcar les sucedió un milagro (2).

Pasaba la veloz embarcación por frente de un lugar de Portugal, llamado Brouzas, en el que había un noble caballero, que casaba una hija suya con otro igualmente noble y poderoso, dueño de la tierra de Amaya.

Habían concurrido á las bodas gran multitud de caballeros, y entre los juegos que tenían dispuestos, era uno un ejercicio de fuerza y de carrera. Al tiempo de correr el futuro esposo con su caballo, se desbocó éste y se sumergió en el mar con el jinete, á la par que atravesaba la nave milagrosa. Pero lo portentoso y admirable del suceso fué, que á pesar del largo período que estuvieron en el fondo de las aguas caballo y caballero, salieron junto al barquichuelo de los siete Apóstoles, maravillosamente cubiertos de conchas y veneras; al punto se detuvo la nave, y recibió á su bordo al noble jinete y á su cabalgadura, que hubieran perecido irremisiblemente sin tan especial auxilio.

Asombrado el caballero, mira á los siete varones Apostólicos, les pregunta quiénes son, ellos le refieren que llevan en la nave el cuerpo de Santiago, oye la palabra divina, y es solemnemente bautizado, después de abjurar de sus creencias. (3).

Concluida la ceremonia, el viento volvió á hinchar las velas de la nave, el caballero se despidió de los Apóstoles, y arrojándose al mar, éste lo sostuvo, como también á su cabalgadura, y llegó á la orilla, donde todo el pueblo contemplaba atónito aquel prodigio. En seguida él bautizó á su esposa, principiando á fructificar la semilla de la Religión en aquel país.

TORCUATO TÁRRAGO.

(Continuará.)

EL HIJO DEL LABRADOR

El hijo del labrador, generalmente ya no es labrador: es un habitante de las grandes ciudades.

Aunque no haya podido seguir la carrera de médico, ó de abogado, como suele suceder, para morir de hambre con toda la elegancia posible, sus aficiones le han impedido vestir desde el primer momento la chaqueta de paño burdo y el calzón corto.

(1) Durante el tiempo que pasó hasta que los discípulos de Santiago se hicieron á la vela, refiere Juan de Bosco, en la relación que sacó de la Biblioteca Florisense, que luego que murió Santiago, se juntaron los Apóstoles que estaban en Jerusalén, y consagraron de Obispos á los siete discípulos, nombrando por superior á San Tesiphon, y los enviaron á predicar á España. Pero esta relación no puede merecer crédito alguno, y se opone á lo que escribieron Calixto II, Leon III y San Isidoro, el cual, en el solemne oficio que renovó y compuso San Torcuato y sus compañeros (que vulgarmente es llamado rezo mozárabe ó gótico), nombra en todas partes en primer lugar á San Torcuato. El mismo orden observa el *Martirologio Romano*, el del venerable Beda, que há ya más de doce siglos que se escribió; el de Abdon, que tiene de fecha unos ochocientos años; el de Usurdo, compuesto hará unos mil, y otros antiguos que con todos los breviarios de España confirman y hacen mención de los siete varones Apostólicos en la forma que dejamos indicada. Esta preferencia en la nominación, como dice Suarez, es argumento claro de la antigua primacía de San Torcuato, en el discipulado de Santiago. Y luego añade: «En haber puesto en primer lugar á San Torcuato la Iglesia romana en su *Martirologio*, el venerable Beda en el suyo, y San Isidoro en el oficio gótico, no se debe atribuir á casualidad, porque la Iglesia procede en todo con discretísima atención.» etc.

(2) Lo refiere un antiguo *Floris Sanctorum*, escrito en vitela en idioma portugués, que está en el Real Monasterio de Alcobaça de Portugal.

(3) De este caballero descienden los Veyras de Portugal, cuyo apellido significa *concha*, llevándolas en el escudo de sus armas. Igual pretensión tienen los Pimentales y Rivadeneiras. Este es el origen de las conchas con que se adornan los peregrinos que van á visitar el sepulcro de Santiago, y cuya costumbre se generalizó en la Cristiandad. Existen pinturas del hecho que acabamos de referir. En Santa María de Araceli, de Roma, en el retablo de la capilla de Santiago, hay un cuadro con este suceso, en el que se ve pintada una nave; en la popa el cuerpo del Apóstol y los siete discípulos á la banda; en el mar, un caballero en un caballo negro, con silla y adornos rojos, cubiertos unos y otros de conchas. En la iglesia de Santiago, de Madrid, está también pintado este pasaje, y lo refería un antiquísimo manuscrito del Monasterio de San Juan de los Reyes, de Toledo. También consta en un antiguo Breviario de la catedral de Oviedo, autorizando este milagro Alejandro III, Gregorio IX y Clemente V. Hay opiniones sobre el sitio en que sucedió, pero todos los autores están contestes en la realidad del hecho.

Su traje es el traje de la ciudad: la levita y el sombrero de copa.

Se ha alejado desdenosamente de la pareja de bueyes que daba de comer á su familia, y bien pronto, cuando el padre muera, el arado dormirá junto al surco entreabierto en la heredad de sus mayores.

Antes que cultivar el campo de sus abuelos, prefiere emborronar papel en un despacho.

En otro tiempo, sus abuelos, que no valian menos que él, gustaban de la vida del campo, de los días que empezaban con la aurora, del descanso de media-mañana á la sombra de los álamos plantados al borde del río, de la libertad del espacio en que resonaban alegres canciones, confundidas con la música inimitable de los pájaros; de la vuelta, por la tarde, á la humilde choza en que el padre había vivido siempre, en que el abuelo había muerto...

Los tiempos han cambiado por completo. El hijo del labrador se fastidió de su tranquilidad, y dirigióse hacia los grandes centros, hacia Madrid, cuyo rumor se oye hasta en los últimos confines de la Península.

Y en Madrid vive y pasa el día en una habitación sombría, sentado delante de una mesa, y escribiendo sin cesar desde la mañana hasta la noche.

El infeliz no respira más que polvo y gas, y en realidad no ve el sol en medio del cielo azul, sino los domingos por la tarde.

A la noche entra en su casa, si por ventura lleva una vida arreglada; si no la lleva, va á fastidiarse ó á corromperse en cualquiera parte, forjándose la ilusión de que se divierte.

Al fin llega á su cuarto, sofocado por los innumerables escalones que ha tenido que subir. Entreabre la ventana, y lanza una mirada triste á los tejados que forman su horizonte.

Si tiene vistas á la calle (lo cual es raro), se asoma al antepecho, y apenas distingue el lomo de los caballos, la capota de los carruajes y el sombrero de las personas que pasan á cien piés debajo de él.

Una miserable comida satisface la necesidad urgente de su estómago; después de la cual se pone á leer su periódico, porque el hijo del labrador sabe leer y escribir, sabiduría que frecuentemente es la causa única de su desprecio hacia la vida de los campos.

El anciano padre, ¡pobre hombre! era incapaz de alimentar su espíritu con esos apestosos manjares intelectuales que ordinariamente nutren á su hijo.

Sabe leer y basta; basta para que olvide lo que ha dejado en su modesta cabaña; basta para hacerle creer que es un hombre de génio.

Alguna vez la desgracia le asalta, porque la desgracia no se detiene ante los muros de las ciudades. Los negocios andan mal; la pluma no da de sí, y el desgraciado pasa días enteros sin tener un pedazo de pan que llevar á la boca.

Su padre, en semejante caso, cumpliendo con el deber de conservar la vida, hubiera tendido la mano por el amor de Dios. Pero el hijo ha llevado sombrero desde que nació, y cómo se pide limosna con un sombrero de seda en la cabeza?

Este es el instante en que en el fondo del corazón levantan su voz los grandes sentimientos. Pero

desde que salió de su aldea, cuyos malos olores temía llevar encima, el oficinista no ha leído más que periódicos ateos; por consiguiente, los grandes sentimientos, cuya voz hubiera oído por la tarde en la iglesia de su pueblecillo, están mudos, están muertos en su alma.

Baja precipitadamente los cinco pisos que le separan de la calle. Tiene prisa de acabar con aquella vida insoportable. Se arrojaría en una letrina, si la abertura fuese más ancha... Pero llega al viaducto de la calle de Segovia ó al Canal, antes de secarse; vacila un momento, cierra los ojos, se arroja y al minuto todo ha concluido...

¡Ay! Sobre su tumba no se escribe desgraciadamente la historia del hijo del labrador.

J. DE DIEGO.

que así hace felices como desventurados á los hombres con sólo quererlo. No de otro modo se explicaba el haber ganado aquel día dos juegos de dominó por la mañana, tres asaltos de ajedrez por la tarde y una partida de tute por la noche, tan disputada y de dudoso éxito, que la casualidad de coger el caballo de oros cuando ya el rey del mismo metal creía quedarse de á pié, permitiéndole acusar las cuarenta y anonadar á su contrario con un golpe tan inesperado como terrible.

Como D. Ruperto tenía la fea costumbre de hablar solo y á grandes voces si estaba alegre, iba pregonando los anteriores triunfos de tal modo, que si los agentes de orden público hubiesen estado en su puesto y los serenos despiertos, no es extraño que le hubiesen tenido por un jugador im-

penitente, más amigo del de las cuarenta hojas que de todos los demás libros habidos y por haber.

Pero D. Ruperto no era jugador, aunque es fama que pasaba jugando todo el día. Era sencillamente un desocupado, que buscaba su entretenimiento en el tablero de damas ó en el tapete verde. Bastante rico para no trabajar, pero no lo necesario para vivir con extraordinario lujo, gozando de las más envidiables comodidades, se contentaba con pasar las mañanas en el café, y las tardes en el café, y las noches en el café, donde encontraba siempre muchos amigos de su misma condición y de análogos gustos, con quienes formaba tertulia, lo mismo para hablar mal del gobierno que para jugar á la brisca unos puros habanos.

Corría D. Ruperto muy ligero hacia los 54 años, aunque él, sin duda porque no viajaba muy á su gusto por el camino de la edad, había hecho estación en los 46, y de allí no hubiera confesado que pasaba, ni aún obligado por su partida de bautismo. Era un hombre ni muy alto ni muy bajo, entre rubio y moreno, más gordo que delgado, que se reía con frecuencia abriendo mucho la boca para reírse, y que no sabía saludar sin hundir de una manotada el hombro del saludado hasta desnivelarle, ni expresar su cariño de otro modo que prensando, más que cogiendo, la mano que se le alargaba. De su traje no haría-

mos mencion, porque nada tiene de extraordinario, si á D. Ruperto no le hubiesen regalado, y no recuerdo con qué motivo en este momento, una cadena de reloj, de acero, que no abandonaba nunca su chaleco, y la cual hacíase notar por un descomunal dije, de los que se llaman guarda-pelos, y en el que D. Ruperto hubiese podido guardar cómodamente toda la correspondencia amorosa que en su juventud tuvo, y me quedo corto.

D. Ruperto no pensaba ya para nada en el amor. Para él no había cartas más seductoras que las de la baraja, ni damas tan divertidas como las del tablero de negras y blancas, ni reina que aventajase en gracia á la del ajedrez, ni mejores entretenidas que la sota.

Aquel día había ganado cuanto jugó, y volvía á su casa feliz; tan feliz como si hubiera descubierto un mundo, ó encontrado un tesoro, ó hecho una obra de caridad.

ISLA DE CHIPRE



PUERTA DE ENTRADA DEL REFECTORIO DE LA ABADÍA DE L'APPAIS

DONDE MENOS SE PIENSA...

Concluido que hubo una partida de tute, como pocas reñida, y más que satisfecho loco de alegría con el triunfo, no sin grandes apuros y cavilidades logrado, el Sr. D. Ruperto Carambola despidióse afectuosamente de sus contertulios, abandonó la sala de juego del renombrado café de Platerías, al cual era, muchos años hacía, concurrente asiduo, y con menudo paso comenzó á cruzar la distancia que separa la plaza de Herradores de la calle de las Veneras, donde, si hemos de dar crédito á la cédula personal correspondiente, constaba empadronado por aquel entonces.

Pensando iba el bueno de D. Ruperto sobre la fragilidad de las cosas humanas, y sinceramente convenia en que el placer y la desgracia son las más de las veces obra exclusiva de la casualidad,

Frotábase las manos de puro contento, y llegaba á la calle de Trujillo, por la que apenas si algún sér viviente transitaba, cuando oyó pregonar á una voz chillona:

«¡Quién quiere la suerte!... ¡El premio de las ochenta mil pesetas!... ¡Mañana sale!»

Don Ruperto no era aficionado á jugar á la lotería: pero aquel grito le detuvo como si le hubiera anunciado el juicio final. Instintivamente dirigió la derecha mano al bolsillo de su chaleco; pero dos dedos de ella se perdieron sin duda en aquellas honduras, porque tardaban mucho en salir, cuando la voz del vendedor de décimos volvió á gritar «¡El 5427!... ¡Yo tengo el premio mayor!... ¡Mañana se sortea!»

Nuestro hombre no pudo resistir más á la tentación: los dedos, que creímos perdidos en el bolsillo del chaleco, salieron de él precipitadamente acompañados de un duro; aquel duro pasó á manos del vendedor de billetes, que dió en cambio un décimo de la lotería y dos pesetas; y don Ruperto, acercándose al farol que más cercano había, leyó, no sin gran trabajo, este número, 5427, hasta dejarle grabado en la memoria.

Dobló despues el décimo en menudos pliegues, le escondió en el guardapelo de la cadena de su reloj, cartera que utilizaba siempre para casos análogos, y abiertole que hubo el sereno la puerta de la casa, subió las escaleras de su habitación con todo el orgullo de un hombre que ha ganado al tute y lleva en el bolsillo (léase guardapelo) el premio grande de la lotería.

Muy raras veces jugaba á ella el señor D. Ruperto Carambola; pero aquella noche le había dado el corazón que ganaría, y D. Ruperto era un hombre que no sin motivo tenía en mucho las corazonadas.

Un día, porque el corazón le anunciaba desgracias, suspendió un proyectado viaje, y á los dos días leyó en *La Correspondencia* que el tren en que él debió marchar había sido detenido por una

cuadrilla de ladrones. Otro, al salir del café de Platerías, fué á su casa por la calle de las Fuentes y no por la de las Hileras, como tenía de costumbre, y

repentirse, sino antes bien sobrados motivos para felicitarse.

Despreocupado D. Ruperto por costumbre, des-

de que tuvo el décimo en su poder no fué capaz de dominar la sensación extraña que le acometió, y que le impidió conciliar el sueño en toda la noche. Inquieto, sobresaltado, agitándose en la revuelta cama pasó algunas horas, más como quien está en capilla que como quien espera coger 32.000 reales. Su imaginación calenturienta le presentaba ante un público inmenso, á dos chicos del hospicio, gritando: uno, ¡5427! y respondiendo otro en igual tono, ¡80.000 pesetas!

Al día siguiente D. Ruperto no dió muestras de ser madrugador; abandonó su casa despues de almorzar, y cuando llegaba á la Puerta del Sol un ejército de chiquillos la invadía voceando la lista grande.

D. Ruperto la compró. Miró á la casilla de los números que habían obtenido los mayores premios, y sus ojos se nublaron, y quedó inmóvil largo rato. La corazonada había salido cierta. Allí, en primer lugar, se veía el número 5427 premiado con las 80.000 pesetas.

Loco de contento fué á abrir el guardapelo para ver en qué lotería tenía que cobrar el décimo; pero ¡oh dolor! un ratero, aprovechándose del atolondramiento de D. Ruperto, le había quitado el reloj con cadena y todo.

MIGUEL MOYA.

MOVIMIENTO RELIGIOSO

Su Santidad se dignó el día 12 admitir á su presencia en la Sala del Trono al reverendísimo cabildo de la basílica de San Liberio, cuya presidencia ocupaba el eminentísimo y reverendísimo señor Cardenal D'Hohenlohe

arcipreste de la indicada basílica.

El señor Cardenal D'Hohenlohe leyó á los pies del trono el siguiente nobilísimo mensaje:

«Santísimo Padre: Nombrado por la soberana



LAS NIÑAS ANTE LA MADONA

aquella noche en esta última calle estalló un petardo de dinamita. Por último, contaba como milagroso que el corazón le había hecho desconfiar siempre de las mujeres, y que no tenía por qué ar-

Ayuntamiento de Madrid



«clemencia de Vuestra Santidad arcipreste del templo más grande entre los templos dedicados á la Virgen Santísima, tengo el honor de presentar á Vuestra Santidad, en nombre de todo el cabildo y clero, los sentimientos de la más profunda adhesión, obediencia y fidelidad inalterables. Aunque desde los primeros momentos de vuestra exaltación á la más sublime dignidad de la tierra, damos fervientes gracias á la Divina Providencia por habernos dado un tan gran Pontífice, cada día nuestra alegría es mayor por las virtudes de que dais ejemplo, por vuestra sabiduría y prudencia en el gobierno de la Iglesia santa. Si en una pérdida poco tiempo hace sufrida por Vos y por la Iglesia toda, tomamos parte en vuestro dolor, hoy rogamos y rogaremos siempre á la Virgen Santísima, á la que llamaron con mucha razón nuestros mayores *salus populi Romani*, que os conceda los más abundantes consuelos, el triunfo de la Santa Sede, el universal dominio de las doctrinas de la Iglesia, y largos años de vida para bien de la Cristiandad y consuelo de todos nosotros.

«Postrados á los pies de vuestro trono, renovando la seguridad que os dimos, de nuestra inalterable fidelidad, humildemente imploramos la apostólica bendición.»

El Padre Santo se dignó contestar en los siguientes términos:

«Experimentamos la más viva satisfacción al recibir hoy al cabildo de la basílica Liberiana, y al acoger los sentimientos de devoción y de filial afecto que nos habeis manifestado en su nombre y en nombre de todo el cabildo. Aunque por muchos y relevantes títulos Nos estamos unidos con dulces vínculos á la basílica Vaticana y á la Lateranense, aceptamos gustosos esta ocasión para manifestaros que no es menos querida de nuestro corazón vuestra basílica. Tuvo su primitivo origen en la expresa voluntad de María Santísima, manifestada por medio de un extraordinario prodigio; fué edificada por uno de nuestros gloriosos predecesores, San Liberio, y consagrada de un modo particular al honor y al culto de la bienaventurada Madre de Dios, que la había elegido para templo de sus glorias, ha tenido la envidiable suerte de ser depositaria y guarda de la Sagrada Cuna de Jesús, tesoro inestimable y preciosa memoria, que nos recuerda el misterio de la infinita caridad de Dios hácia los hombres, la Encarnación del Verbo.

«Por estos motivos amamos en sumo grado á la insigne basílica de San Liberio y al cabildo que cuida del templo; y de este vivísimo interés hemos querido daros una prueba con el nombramiento del Sr. Cardenal para la dignidad del Arcipreste, conociendo como conocemos la particular devoción que profesa á la Virgen Santísima, y completamente persuadidos de que dedicará todos sus esfuerzos á promover el honor y la gloria de su iglesia.

«Y en esta obra tan digna estamos ciertos de que será secundado por todos los miembros del cabildo, los cuales en santa unión darán pruebas de santo celo en promover cada día más la gloria de Dios, el culto de la bienaventurada Virgen y el bien de las almas. Y aquí nos parece oportuno recordar la especial condición en que hoy se encuentra aquella parte de Roma que está situada en la parte del Esquilino. La creciente población y la falta de otras iglesias vecinas, reclaman especialmente de vosotros mayor asistencia y espíritu de sacrificio y de generosidad. Es este un vasto campo abierto á vuestro sacerdotal ministerio, y no dudamos de que vosotros lo recorrereis con ánimo siempre dispuesto. Dios y la Virgen santa bendecirán largamente vuestras fatigas y os concederán preciosos y abundantes frutos.

«Y con esta dulce esperanza concedemos á todo el cabildo la apostólica bendición, implorando sobre cada uno la copia de los celestiales favores.»

EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuación)

—¡Vamos, vamos!—exclamó Blanca;—á tí te sucede lo que á María: eres demasiado modesto.

Lacuzan movió ligeramente la cabeza haciendo un signo negativo y murmuró:

—El señor Poilbriant es un lucido caballero.
—Es verdad. Cuando yo era muy pequeña le solía dar un cuarto á Gillot, el hijo del jardinero, porque le clavara alfileres en las pantorrillas.

—¡El señor de la Guerche es tan rico!
—Comete faltas de ortografía hasta cuando firma.

—El señor de Avaugour desciende de los antiguos duques soberanos de Bretaña.

—¡Si desciende de tan alto, bien puede decirse que ha andado camino!

—El baron de Charmes es un bailador excelente.

—Sí; pero canta.
—El señor Talhoet hace versos.

—Sí; pero los recita.
—Los señores Penvern, Launoy, Nointel...

—Un pobre breton, un pobre normando y un tratante.

—El señor de Coétlogon...

—¡Ah! no por cierto,—exclamó aquí la señorita Blanca con cierta petulancia;—no hablemos de él, si te parece.

—Y ¿por qué?
—Porque ese no viene por María.

—¡Ah!—dijo el conde Lacuzan sonriéndose.
Y añadió:

—Pero ¿se puede saber?...
—No hay inconveniente,—le interrumpió Blanca.

—Pero ¿se puede saber?...
—Por mí.

Blanca miraba de frente al conde con aire muy decidido. Estaba arrebatadora.

—¡Diantre!—exclamó Lacuzan, que no pudo contener su hilaridad;—esto es grave.

—Blanca se puso como una amapola, y sus cejas finísimas se enarcaron ligeramente.

—¡Si te ries, alábate tú!...

—Yo no me río.

—Haces bien, Lacuzan. Talhoet dice que María tiene muchos briosos corceles uncidos á su carro: tú eres uno de ellos. ¡Arre, caballo! Yo por mí no tengo más que una jaquita, y quiero que me la dejen.

—Y es muy justo.

—Justo ó no justo, ello es así. De aquí á tres años, cuando yo sea formal, si oigo yo en rededor mío á tres ó cuatro bizarros caballeros, á tres ó cuatro Lacuzan, arrastrar sus cadenas, tendré tal vez presente que Alberto de Coetlogon ofrecía bombones á mi muñeca...

Aquí se interrumpió sintiendo la mano de Lacuzan temblar en la suya.

—Vamos, esclavo,—le dijo,—humíllate, que ya sale el sol.

Lacuzan no respondió una palabra. Su hermoso semblante se tornó pálido, y bajó efectivamente los ojos como si unos rayos demasiado vivos hubiesen herido de repente su mirada.

María de Noyal acababa de aparecer sobre la grada superior de la escalinata, y ya subía hácia ella un creciente murmullo de admiración.

V

Donde la señorita Blanca contrae su primer empréstito

María de Noyal llevaba un vestido blanco, ajustado al talle por un estrecho cinturón de un azul desvanecido. Algunas flores de lino, enredadas en el pelo, le servían de guirnalda.

Este era todo su tocado.

Pero era un tocado de tan buen gusto y de tanta belleza, que parecía una obra maestra de las manos de Dios. Estaba tan hermosa, que al presentarse reinó lo primero un silencio de admiración. Después, Lacuzan y Blanca pudieron oír un prolongado murmullo que se elevaba de entre la concurrencia.

—¡Hermana querida!—dijo Blanca con emoción.—¡Ah! ¡Dios quiera que seas tan feliz como eres hermosa! ¡Dios quiera que seas tú su marido, Lacuzan!

María estaba ya rodeada de gente. Lacuzan hizo un movimiento como para desprenderse del brazo de Blanca; pero se detuvo como si le hubiera repugnado ir á mezclar su respetuoso cariño con aquellos vanos obsequios.

—Eso es; estate todavía otro poco conmigo,—le dijo Blanca, cuya voz había tomado de repente un tono triste;—así como así tengo yo que pedirte una cosa. Hace una hora que estoy perdiendo el tiempo. En lugar de charlar como una loca, hubiera hecho mejor en hablar formal. Lacuzan, ¿quieres hacerme un favor?

—Sí, por cierto,—la respondió Enrique, sin apenas hacerla caso.

Blanca vaciló un momento. Estaba encarnada de vergüenza.

—Es particular,—balbuceó;—¡hubiera creído que era tan fácil de decir!

Calló todavía unos instantes, esperando que una pregunta de Lacuzan viniera á facilitar la su declaración; pero había escogido una ocasión tan poco á propósito! Enrique no veía el rubor de sus mejillas. María, radiante de juventud y de hermosura, repartía sonrisas en rededor de sí. El corazón y los ojos del conde estaban á los pies de María.

Blanca hizo un gran esfuerzo, y dijo muy bajito:

—Lacuzan, necesito diez luises.

Y respiró, como si hubiera dado una carrera de media legua. Al fin lo había dicho.

Pero ya sabéis que cuando uno está distraído habla la lengua sin que el espíritu tenga arte ni parte en lo que dice. Lacuzan estaba distraído, y la preguntó maquinalmente:

—¿Para qué?

Muchos de mis lectores encontrarán quizás esta pregunta lo más natural del mundo. Es más, habrá algunos sin duda que no hubieran perdonado á Lacuzan el que no la hubiera hecho, puesto que se trataba de una chicuela de doce años.

Y sin embargo, si Lacuzan no hubiera estado ocupado exclusivamente en mirar á lo lejos á María; si Lacuzan no hubiera estado zambullido en su distracción hasta la coronilla, se hubiera guardado muy bien de hacer semejante pregunta.

Blanca bajó los ojos ofendida.

El conde ni pensaba ya en los diez luises; pero la niña le preguntó con voz temblorosa:

—¿Conoces á Pichenet, Lacuzan?

—¿Pichenet?—la respondió el conde;—creo que no... ¿Qué hace ese Pichenet?

—Baila en la maroma.

—¡Ah, qué diantre!

—¡Lacuzan!—exclamó Blanquita con las lágrimas en los ojos;—¡no me haces caso!

Enrique volvió de su distracción con sorpresa, y la miró estupefacto.

—¿Lloras, niña?—la dijo;—¡ah! perdóname, estaba distraído. Vamos, me has pedido diez luises para ir á ver á un volatinero, ¿no es verdad? Carillo es; pero no es cosa de que llóres por eso.

—¡Ah! si tú supieras... Si tú supieras cuánto sufren él y su madre.

—¿El y su madre?—repitió Lacuzan.

Blanca se limpió las lágrimas con el revés de la mano.

—Son mis amigos,—dijo de repente, volviendo á recobrar su valor porfiado y fijando su mirada en la de Lacuzan. Y antes que éste pudiera pedirla alguna nueva explicación, Blanca le arrastró rápidamente hasta el fin del emparrado, á diez pasos del pabelloncito de follaje adonde ella iba todos los días á ver á aquel pobre muchacho tan desgraciado, á quien llamaba su amigo.

—Aquí,—añadió la niña,—no podrás ya mirar á María, y me entenderás.

Hablando de esta suerte, subió con el conde los escalones del cenador, y apartando graciosamente con los dedos algunas ramas de enredadera, hizo señas á Lacuzan que metiera la cabeza por la abertura que dejaban, diciéndole:

—¡Mira! No se necesitan diez luises para verle.

Había en estas palabras un tantico más de amarga ironía que de tristeza.

Pichenet estaba sentado en la arena con la espalda apoyada contra la barraca de Malbrouk. La Chaumel hilaba junto á la puerta, con los ojos fijos en su hijo. Malbrouk se ocupaba en tender la maroma sobre las cimas de sus dos postes.

Lacuzan no podía ver la cara de Malbrouk, y concentró bien pronto toda su atención sobre Pichenet y su madre.

Había tanto amor-desolado en la mirada que la pobre mujer dirigía á su hijo, tanta tristeza en su amarga sonrisa, tanto desconsuelo en su actitud

humilde, que Lacuzan quedó conmovido de lástima.

—En efecto,—murmuró,—esa mujer sufre mucho!

—¡Y él también!—dijo Blanca por lo bajo.

Pichenet tenía los ojos muy abiertos y fijos; contemplaba algún objeto que Lacuzan y Blanca no podían ver desde su observatorio; el sol hería oblicuamente su semblante.

—Ese pobre muchacho es hermoso,—dijo Lacuzan;—sus facciones denotan inteligencia.

—Es un sabio,—dijo Blanca con énfasis; y añadió luego enlazando su brazo con el de Lacuzan:

—¿Sabes lo que mira?

—No... pero se diría que era un loco que persigue su sueño dorado.

—Eso es precisamente,—murmuró Blanca.

Después repitió como pensativa:

—Eso es precisamente... Está mirando á María.

—¡A María!

Lacuzan, al hacer esta exclamación, dió algunos pasos hacia atrás asustado; una nube sombría pasó por su frente, y comparó por un instante la suerte de aquel miserable muchacho con la suya.

Mientras tanto decía Blanca:

—¡Persigue su sueño! Aquel hombre que ves allí le castiga cruelmente para hacerle bailar en la maroma. Su madre tiene hambre. Él corre tras de un sueño. Está loco.

Hubo en el cenador un momento de silencio.

Malbrouk cantaba con una voz monótona, dando vueltas al manubrio que hacia á la maroma ponerse tirante sobre los postes. La Chaumel enjugaba disimuladamente una lágrima.

Blanca y Lacuzan la vieron hacer la señal de la cruz. Comenzó á mover los labios, y dejó parar el torno. Rezaba.

Pichenet no veía nada de todo esto.

—No le mires más, Lacuzan,—dijo resueltamente Blanca.

Y atrayendo al conde hacia el interior del toldo de verdura, añadió, esforzándose en aparentar alegría:

—Yo tenía antes un bolsillo; pero hace ya mucho tiempo que se quedó exhausto. La cruz que me regalaste el día de mi santo ya la he vendido... Me costaba mucho trabajo pedirte dinero, pero...

—Eres un ángel de caridad, Blanquita mía,—exclamó Lacuzan verdaderamente enternecido.

—Ya te he dicho que Pichenet es mi amigo,—dijo Blanca sonriendo;—¡quiere tanto á su madre!

Y en seguida añadió, acariciando al conde, como los niños cuando temen pedir demasiado:

—Ahora ya no son diez luises lo que quiero; quiero que tú también seas amigo de Pichenet.

—Y ¿por qué no? Yo seré amigo de Pichenet si tú lo deseas.

—¿Y lo probarás?

—Y lo probaré.

—¿Ahora mismo?

Lacuzan miró su reloj.

—El caso es,—dijo,—que allá se habrá ya notado mi ausencia.

—¿Y qué? ¡Los que no estén contentos de tí que te lo digan!—repuso Blanca.

—¡Diantre! ¿No te importa más por la concurrencia?

—¡Nada más!

Lacuzan no pudo menos de reír.

—¿Y si el caballero Alberto de Coetlogon viniera á pedirme cuentas?...

Los bellísimos dedos de Blanca le taparon la boca.

—Hé aquí lo que vas á hacer,—dijo la niña con mucha formalidad;—vas á salir por la puerta chica que está debajo del cenador; vas á ir á hablar á aquel asqueroso de hombre que está allí (señalándole á Malbrouk), y le vas á decir: Tome usted, aquí tiene usted diez luises... veinte luises,—si quieres darle veinte luises,—á condición de que no vuelva usted á obligar á Pichenet á bailar en la maroma.

Lacuzan vaciló un momento; su mirada tornóse, á pesar suyo, hacia la pradera florida en donde los convidados del señor marqués de Noyal estaban reunidos á la sombra de los añosos árboles, por bajo de la escalinata de mármol blanco, bañada por un sol esplendente.

Blanca le cogió las dos manos.

—Te aseguro que no tienes nada que temer,—

le dijo;—el ángel bueno de mi hermana María la habla en favor tuyo, porque tú eres el más valiente y el mejor... porque no hay nadie más que tú en el mundo para amarla.

Lacuzan levantó, hasta tocarlas con sus labios, las manecitas de Blanca, y bajó hacia la puerta que estaba debajo del pabelloncito de follaje. Al salir, no pudo menos de volver otra vez los ojos hacia la pradera donde María, muy satisfecha é ingenuamente feliz, se embriagaba de obsequios y de adulaciones.

Blanca había echado ya á correr, y atravesaba el césped, ligera como un pájaro.

Lacuzan salió del jardín. No estaba en la mejor disposición de ánimo para fijarse mucho en el contraste que había entre el aristocrático cercado del marqués, todo lleno de surtidores, de verdura, de sombras, y aquel cerro árido donde el viento levantaba nubes abrasadoras de polvo blancuzco. Sintió, sin embargo, oprimirse el corazón al ver más de cerca la miserable vivienda, cuyas paredes de barro se resquebrajaban y se abrían con el sol.

Al poner los pies sobre la colina, la Chaumel acababa de coger de la mano á su hijo y le llevaba hacia la puerta de la casucha. Pichenet se dejaba conducir, porque no había jamás desobedecido á su madre.

Lacuzan atravesó el cerro arenisco y llegó junto á Malbrouk, que había hecho una pausa en su tarea, y se enjugaba la frente, renegando.

—He dado, todo lo más, una docena de hachazos,—refunfuñaba;—he dado otra docena de vueltas á este cabrestante, y ya por cada pelo me cae una gota de agua. Desde que toqué aquel enfermo en el sendero de la selva, parece que no soy el mismo. ¡No, no soy ya el mismo! El dragon me ha partido por el eje.

Lacuzan le puso la mano en el hombro. Malbrouk se volvió, reconoció al conde al primer golpe de vista, y retrocedió unos cuantos pasos, exclamando:

—¡El dragon!

Una llamarada de odio brilló en sus ojos encarnizados, y los bajó en seguida. Lacuzan, por su parte, evocaba sus recuerdos. Parecía haber visto á aquel hombre en alguna parte, y para aclarar su memoria le contemplaba atentamente.

Malbrouk no levantaba los ojos; su cara feroz, en la que se leía el susto que le inspiraba el conde, era digna de pintarse.

Mas no era ya esto lo que miraba Lacuzan. El sol, que había ya pasado de la mitad de su carrera, hería á plomo las facciones de Malbrouk.

Lacuzan había franqueado demasiadas veces el umbral de aquellas cabañas tristes y abandonadas, en donde se morían sin auxilios los atacados del *mal de infierno*, para que no conociera mejor que ningún médico los síntomas de la terrible epidemia.

Lacuzan acababa de descubrir en el rostro de Malbrouk, ardientemente coloreado, algunas manchas casi imperceptibles, un poco pálidas, y no desplegó sus labios para cumplir la comisión de que se había encargado.

Las alegres carcajadas de la reunión llegaban hasta él por encima de las tapias del cercado de Noyal. El viento le traía, con el vago perfume de las flores, el eco medio apagado de la orquesta que preludiaba en los salones.

Lacuzan decía para sí, examinando aquellas manchas jaspeadas que iban cambiando de sitio y agrandándose en la faz calenturienta de Malbrouk:

—Antes que haya concluido el día, caerá este hombre como herido del rayo.

VI

Donde Malbrouk y Pichenet hacen una promesa cada uno

Malbrouk era un hombre de fisonomía vigorosa, de buen color, y tenía casi siempre en los labios una sonrisa cínica y brutal. Se traía muy derecho; miraba muy alto y se mostraba en gran manera orgulloso de su robusto empaque.

Pero aquel día, Malbrouk andaba cargado de hombros y encorvado de los riñones. Parecía como si temiera enderezarse, y llevaba con frecuencia la mano al espinazo. Tenía los ojos hundidos y vidriosos. Un tinte amarillento se extendía por sus labios y llegaba á amortiguar el color de sus sienes,

formando también anchas ojeras al rededor de sus párpados.

Un sudor copioso le brotaba de entre la raíz de sus espesos cabellos.

Y eso que, como él mismo acababa de confesarlo, la faena que le ocupaba no era demasiado pesada, pues de ordinario se necesitaban trabajos mucho más peligrosos para hacer aparecer el sudor en su frente.

(Se continuará.)

EJECUCION DE HOEDEL

El día 16 de Agosto fué ejecutado en Berlín Max Hoedel, por el delito de haber atentado contra la vida del Emperador de Alemania.

La sentencia de muerte ha sido ejecutada por haberla ordenado el príncipe imperial en un rescripto acordado unánimemente en Consejo de ministros.

El reo ha sido decapitado por medio del hacha, en un patio del nuevo establecimiento penitenciario de Berlín.

Este suceso era esperado en Berlín desde la víspera de la ejecución, pues se sabía que la justicia había encargado al mejor armero de la ciudad un hacha en forma de media luna. Quince años hacía que no había sido ejecutada ninguna sentencia de muerte, y el verdugo no creyó conveniente practicar ésta con el antiguo instrumento. Además, en Berlín no había más que dos condenados. Hoedel y el asesino Thuroff; la opinión pública declaró unánime que para el primero se hacían estos preparativos.

Los magistrados y los funcionarios que podían satisfacer la curiosidad pública, vivamente excitada, permanecieron silenciosos, siendo inútil ir á rondar por los alrededores de la prisión. Nada pudieron percibir.

La ley alemana no autoriza las ejecuciones públicas, y todo se verifica en el interior de la prisión.

El sentenciado, advertido una hora antes del momento fatal, fué puesto en presencia de un ministro de la religión, con el cual permaneció conversando largo rato, bajo la custodia de dos guardias situados algo aparte. Después fué conducido al patio de la prisión, escoltado por los guardias y por un piquete de soldados.

Allí esperaban los magistrados que habían pronunciado la sentencia y que debían verle ejecutar. Además de éstos estaban presentes 12 testigos, encargados de certificar la realidad de la ejecución, y algunos representantes de la prensa y miembros del alto clero.

Delante del tajo, el ejecutor, vestido de negro, tenía la mano derecha apoyada en el mango de su hacha en forma de media luna.

Al entrar el reo todo el mundo se descubrió, y los miembros del clero recitaron sus preces.

Hoedel, impasible, lanzó una mirada circular á todo aquello, y fué á arrodillarse delante del tajo.

El ejecutor hizo voltear su hacha, que dejó luego caer y cortó completamente el cuello del reo.

Así que terminó la ejecución y quedó extendida y firmada el acta por los testigos, la noticia fué comunicada al público.

El reo marchó con paso firme hasta el pie del cadalso, mirando con descaro al público, que se componía de unas 50 personas. El juez de instrucción, Hollmann, estaba de pie delante de una mesa frente al cadalso.

Dió lectura de la sentencia de muerte, y cuando hubo acabado, el reo escupió y gritó: ¡Bravo! El juez de instrucción se volvió en seguida hacia el verdugo, que es un hombre de 31 años, alto y robusto, y que estaba elegantemente vestido con camisa muy fina, una levita negra, una corbata blanca y pantalón y chaleco negros.

Mostró á éste la confirmación de la sentencia firmada por el príncipe imperial, y le dijo: «Os entrego al hojalatero Emilio Enrique Max Hoedel para que le decapiteis.»

«Venid,» dijo entonces el verdugo á Hoedel. Este subió corriendo los tres escalones del cadalso, y se quitó la levita y el chaleco. Al mismo tiempo



onó el toque fúnebre de la campana en el interior de la prision. Hædel miró la campana con una indescriptible indiferencia y se sonrió irónicamente. Se quitó en seguida los tirantes; pero como no podía desabrocharse la pechera de la camisa, uno de los ayudantes del verdugo se la abrió de manera que le quedara desnuda la parte alta del cuerpo hasta el pecho.

Los ayudantes ataron entonces los brazos y los pies á Hædel y le colocaron la cabeza en la escotadura del tajo, de manera que mirara hácia la tierra. Luego le sujetaron el occipucio con una correa del ancho de una mano, de suerte que el cuerpo estuviera al descubierto y que el reo no pudiera mover la cabeza.

El verdugo abrió entonces un magnífico estuche, cuya cubierta llevaba la fecha de 1878 impresa en letras de oro: tomó el hacha y cortó de un sólo golpe la cabeza de Hædel.

La ejecucion duró apenas tres minutos.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

LA PATATA

Habiendo sido los españoles los que descubrieron la América, patria de la patata, de esa solanácea á la que no sé quién ha dado con tanta razon el nombre de *panecillo hecho*, fué un inglés, Walter Raleigh, el primero que descubrió esa preciosa planta alimenticia.

Deciros la repulsion con que esa planta, hoy cultivada en todo el mundo, fué considerada en un principio, sería cuento de nunca acabar. Su introduccion en Francia costó no pocos esfuerzos y disgustos á uno de los hombres más eminentes del siglo pasado, á Antonio Agustín Parmentier, á quien deben eterno agradecimiento las clases trabajadoras por haberlas hecho conocer y apreciar en su verdadero valor la riqueza de la patata, de ese *pan de los pobres*, que constituye casi el único alimento de numerosas familias en Europa.

¿Sabeis á qué estratagema tuvo que apelar para propagar su cultivo en Francia? Os lo referiré, porque es una nueva prueba de que el hombre sólo desea aquello que se le prohíbe. Viendo Parmentier que no bastaba explicar un día y otro día las buenas cualidades de la patata; viendo que, por más que repartía tubérculos nadie quería plantarlos; viendo que, á pesar de haber conseguido que el rey y la corte ostentaran la flor de esa planta, no conseguía que obtuviera el favor popular, apeló á un medio que prueba el gran conocimiento que aquel sabio tenía del corazón humano: mandó prohibir públicamente que le robáran las patatas de su huerto, patatas que nadie había pensado en ir á buscar. Desde aquel momento no le dejaron ni

una, y la patata entró á formar parte de la alimentacion del hombre.

La inmensa ventaja que este vegetal ofrece, es que no requiere terrenos de muy buena calidad; antes al contrario, da muy buenos resultados en tierras que no servirían para otras plantas; le bastan las estériles y arenosas.

Desgraciadamente, el hombre, que quiere que la naturaleza sea tan pródiga de sus productos como él es avaro de su trabajo, ha concluido por exigir á la patata lo que ésta no puede darle: cosecha buena y abundante con una semilla mala y escasa.

En un principio se plantaban patatas enteras, y como éstas echan un tallo por cada uno de sus ojos, la cosecha era buena, sana y abundante. Luego ya no se plantaban más que trozos de patata, y ésta aún pagaba con usura el trabajo que en su cultivo se empleaba. Mas hoy que se planta cada ojo de por sí, y aún hay quien no planta más que las mondaduras, ¿cómo es posible que la cosecha sea buena? Si las patatas nacen pequeñas y enfermizas, culpe al agricultor á sí mismo, culpe á su insaciable avaricia.

Figuraos que una hectárea de terreno plantado de patatas produce unos 18.000 kilogramos de tubérculos. ¡Más de cuatrocientos quintales! ¿Qué más se puede pedir?

La superficie del terreno que produce 1.000 kilogramos de trigo puede producir 10.000 de patatas, ó sea 10 kilogramos de tubérculos por cada kilogramo de grano. Aun cuando tengamos en cuenta que la patata no contiene más que la tercera parte de los principios nutritivos del trigo, siempre resulta una ventaja de más de dos terceras partes á favor del cultivo de aquella.

En España cultivamos también la *batata* y el *moniato*, tubérculos que nos han venido igualmente de América.

Aun cuando el descubrimiento del Nuevo Continente no nos hubiera proporcionado otras ventajas que la de la introduccion del cultivo de la patata en Europa, sería lo bastante para que continuáramos celebrándolo como uno de los más faustos acontecimientos que registra la historia de la humanidad.

EPIGRAMAS

Un pobre albañil queria hallar camino muy ancho por las calles y—¡que mancho! ¡que mancho!—á gritos decia.

Y el rico Lucas Valencia al oír la voz temblaba, temiendo que quien gritaba era su propia conciencia.

Un envidioso murió; pero en su nicho, despierto, al saber que estaba muerto no fué lo que más sintió.

Tampoco, si mal no arguyo, fué su agujero mezquino, sino el ver que el del vecino era más ancho que el suyo.

De un solemne bofetón, satisfaccion pide Estrada, y se la da Meliton con una buena estocada: ¡No es mala satisfaccion!

CHARADA

Supon, Murad, que te dijese *prima* Y viene Hamid con una tranca y *dos* Y es necesario preparar mi todo: ¿Te gustaria? De seguro, nó.

La solucion en el número próximo.

SOLUCION AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR

Las gentes á quienes Dios elige para castigo de los demás, suelen vivir largo tiempo.

JEROGLÍFICO



La solucion en el número próximo.

Imp. de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, 4.

SECCION DE ANUNCIOS

DE LA VIDA Y DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS

CONSIDERADAS EN EL ESTADO RELIGIOSO

obra escrita en francés por M. C. GAY.

Obispo de Anthenon, Auxiliar del de Poitiers

traducida de la 7.^a edición

POR GABINO TEJADO

Tres tomos, 8.^o mayor, á 12 reales cada uno para los que se suscriban desde luego, abonando al recibir el primero y segundo tomos, ya publicados, el importe total de la obra.

Está ya en prensa el tercer tomo, y en breve se publicará, siendo entonces 48 rs. el precio de la obra.

Se suscribe en la librería de Tejado, calle del Arenal, 20, Madrid, y en las demás librerías católicas, como también en las Administraciones de los diarios *El Siglo Futuro* y de *La Fé*, y de las Revistas católicas.

LOS LIBERALES SIN MÁSCARA,

POR

D. VALENTIN GOMEZ

Esta obra se vende á 4 rs. ejemplar en la Administracion de este periódico, y en las principales librerías.

A los señores libreros y corresponsales que pidan de doce ejemplares en adelante se les hará una rebaja del 25 por 100.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

se publica desde el 1.^o de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PÁGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, ó intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurran en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Sale á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeracion de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicacion nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicacion de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisicion continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante *Revista*, como puede observarse en los precios de suscripcion que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fé* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de *dos reales* en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de *cuatro reales* por año; pero han de *hacer el pago directamente en nuestra Administracion* Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administracion de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa. Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administracion, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los *Bonos del Timbre*, que para la suscripcion de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

CROMOS

Retrato en gran tamaño de Su Santidad Leon XIII. Se vende en esta administracion al precio de 6 reales ejemplar.

LA DAMA DEL REY

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR D. VALENTIN GOMEZ

Se vende á 8 rs. ejemplar en esta Administracion, y en la Lirico-dramática de D. Eduardo Hidalgo, calle de Sevilla, 14, pral.

RETRATOS Y LAMINAS

Bellísimos retratos de Su Santidad Pio IX y de Leon XIII, estampados en papel casi cartulina, de las dimensiones de 46 por 30 centímetros, y al ínfimo precio de DOS REALES CADA EJEMPLAR.

También hay de venta dos magníficas láminas, que representan LA CONCEPCION, de Murillo, y LA APOTEOSIS DE SU SANTIDAD PIO IX, estampadas en papel superior, de 40 por 28 centímetros de dimension, al precio de REAL Y MEDIO CADA EJEMPLAR.

Tomando de cien ejemplares en adelante, se rebaja un 25 por 100.

Punto de venta, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.